

de otras menudencias, *sin ayudas de nadie*, con la aportación de todos, con el sacrificio, el entusiasmo y la confianza de todo el vecindario, apiñado siempre en torno a la acción bienhechora general. Y cabe que esas cualidades que le permitieron ir por delante, no ya de pueblos de su igual, sino de muchas capitales,

aplicadas a las circunstancias nuevas le permitan consolidar la situación de capitalidad regional a que su situación topográfica le da derecho.

Su ponderada conducta será en ello factor de gran influjo, porque Alcázar no dejó crecer o consiguió borrar las querellas sociales, pues no le amargan grandes egoísmos y se conforma con su fácil pasar fraternizando con todo y con todos de forma natural y mirando la insuficiencia inevitable con un buen ánimo de superación.



SUCEDIDOS

Cuenta D.^a Leonides, que el tío Jesús de su pueblo, hombre buenísimo, fue a servir a una casa de labor, cuando los peones comían en las casas donde trabajaban y hablaban durante la comida de lo que gustaba más o menos a unos y a otros. Un día le dice el ama:

— Tío Jesús, ¿es usted muy goloso?

— ¿Yo goloso? No señora, ni Dios permita que lo sea.

— Bueno, ¿pero no dice usted que le gusta mucho el dulce?

— Eso sí; goloso no; lo que soy es bastante galgo.

Un propietario de Villacañas escribió a otro de Villafranca para que le mandara un criado de confianza.

El chelero le preparó un buen hombre, el tío Traga, pero conociendo lo agarrado que era el amigo de Villacañas, le advirtió que por si no hacía más que una comida, que lo hiciera bien.

El criado fue recibido con agrado y mientras hablaban dispuso el amo que la mujer preparara el almuerzo, que consistió en dos huevos fritos, un pan de tres libras y una botella de vino.

Empezó a comer y con el primer huevo se le acabó el pan, diciendo el amo a la mujer: — ¡Chica, trae más pan!

Con el otro huevo se comió el segundo pan, menos un repizco que le echó a un perro de la casa que estaba mirando y lo cogió al vuelo.

El hombre al verlo exclamó:

— ¡Quién tuviera tus ganas!

— Pues tú tampoco las tienes malas, dijo el amo.

— Ahora por las mañanas no tengo mucho apetito. Yo cuando hago el haz es a mediodía.

— ¡Pero no será en mi casa!

Unos recién casados se acomodaron en una casa. A él lo colocaron a trabajar y ella se quedó de criada.

A los pocos días, le dice el ama:

— Ana, toma las llaves del taller y te subes los zorros.

La chica baja, pero como tardaba tanto tuvo que bajar también la señora y al verla delante de la puerta sin abrir, le dice:

— ¡Pero Ana! ¿Qué haces ahí que no subes los zorros?

— Es que no me atrevo a abrir la puerta por si muerden.